

Julián de Toledo: “Historia del Rey Wamba” (Traducción y Notas)*

DÍAZ Y DÍAZ, Pedro Rafael

Abstract

We present here the first whole translation of the *Historia Wambae regis*, written by St. Julian bishop of Toledo (680-690), into Spanish. It contains the *Epistola Pauli perfidi*, the *Historia rebellionis Pauli adversus Wambam*, the *Insultatio vilis provinciae Galliae*, and the *Iudicium in tyrannorum perfidia promulgatum*. This translation is based on the edition of W. Levison, *MGH SS.rr.MM.*, vol. V (1910) pp. 486-535. We have tried to reflect the original Latin text as faithful as possible.

Carta del traidor Paulo, promotor de la revuelta de las Galias, contra el gran rey Wamba.

En el nombre del Señor, Flavio Paulo, ungido rey del Este, a Wamba rey del Austro. Si ya has acabado de rondar por las peladas e inhóspitas peñas de los montes; si, como el más fornido león, has tronchado ya con tu pecho los angostos pastizales de los bosques; si ya has cortado de raíz el correteo de cabras montesas y los brincos de ciervos y la voracidad de jabalíes y osos; si ya has vomitado venenos de serpientes y víboras, repara en nos, guerrero, repara en nos, señor, amigo de selvas y roquedales. Pues si todo eso yace abatido y tú en persona te aprestas a venir ante nos, para silenciar el poderoso canto del ruiseñor y, con ello, hombre arrogante, tu corazón asciende hasta su refortalecimiento, desciende hasta las “Clausuras”; ahí encontrarás un digno adversario, con el que puedas medirte en justa lid.

En el nombre del Señor comienza el libro “Historia de la Galia”, que fue escrito en tiempos del rey Wamba, de divina memoria, por Julián, obispo de la Diócesis de Toledo.

* Hemos utilizado el texto establecido por W. LEVISON en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores Rerum Merovingicarum*, vol. V, Hannover-Leipzig 1910, pp. 500-535. Aparte de ser la única edición con garantías, ofrece abundantes notas de tipo geográfico, cronológico e institucional de inapreciable valor. Ello, por no hablar de la consignación de ecos y reminiscencias, tanto de autores clásicos como de pasajes de la Sagrada Escritura, que aparecen convenientemente registrados en el apartado de *realia* historiográficos. De dichas notas hemos hecho abundante uso en nuestra traducción, especialmente en lo que se refiere a similitudes de ciertos pasajes con otros autores latinos. Ateniéndonos al parecer del editor, hemos incluido la *epistula Pauli*, los 30 capítulos de la *Historia Wambae regis* o de la *Storia Pauli* (según que se prefiera el título de la *inscriptio* o el de la *subscriptio*), los 9 capítulos de la *Insultatio* y los 7 restantes del *Iudicium*. Algunos autores estiman que ni la *Insultatio* ni el *Iudicium* formaban parte en un principio del relato sobre la campaña de Wamba, sino que son una adición posterior. De cualquier forma, resultan interesantes para la reconstrucción de los personajes históricos, así como para ciertos aspectos de legislación visigótica.

En el nombre de la Santa Trinidad comienza la "Historia del Excelentísimo rey Wamba" que trata de la expedición y victoria, con la que sojuzgó en memorable triunfo la insurrección de la Provincia de la Galia contra su persona.

(1) El relato pormenorizado de los triunfos suele servir de soporte a la virtud y elevar el espíritu de los jóvenes al signo de la virtud todo lo que con anterioridad se ha referido sobre glorias pretéritas. Pues la propia esencia del carácter humano posee un muelle propensión a la virtud interior y de ahí que no se halle tan presta a las virtudes cuanto inclinada a los vicios. Y, si no se ha afianzado aleccionada por el constante acicate de ejemplos provechosos, se enfría y entumece. Así que, con el propósito de que la narración de un suceso pasado pueda servir de revulsivo a conciencias laxas, vamos a relatar un hecho acaecido en nuestra época, por medio del cual instemos a la virtud a los siglos venideros.

(2) Vivió en nuestro tiempo el ilustrísimo rey Wamba. Quiso el Señor que reinara dignamente, el Sínodo de obispos le proclamó, la comunión del Estado y la nación le eligió, en él recayó el favor popular, de él se pronostica por las manifestaciones de muchos que iba a ser rey antes incluso de su encumbramiento al trono. Este hombre ilustrísimo, mientras organizaba las pompas fúnebres y el luto por la muerte del rey Recesvindo,¹ de repente inclinados todos a un parecer unánime, instigados de consuno no sólo por una reflexión calculada sino también por cariño hacia su persona, exclaman que le aceptan de grado como rey; a coro gritan con voz atronadora que él y ningún otro goda era el rey y, para que no rechace sus instancias, se postran en grupos a sus pies. El hombre, tratando de rehuirles, sumido en lágrimas y sollozos, ni se deja vencer por petición alguna, ni se doblega a ruego alguno de la gente, ora clamando que no iba a estar a la altura de tantos desastres inminentes, ora asegurando públicamente que se encontraba cansado por la edad. En su tenaz resistencia, uno de los duques, como si actuara con la anuencia de todos, dirigiéndole una mirada audaz, le dijo en son de amenaza: "O nos prometes dar tu consentimiento, o sábetete que te rebano a punta de espada. No tenemos intención de salir de aquí hasta tanto o nuestro ejército te acepte com rey o te quite de en medio hoy aquí una muerte sangrienta por negarte".

(3) Abrumado no sólo por las súplicas sino también por las amenazas, cedió al fin y, al aceptar el reino, les devolvió a todos la calma, pero a condición de postergar el momento de la unción hasta el día 19, con objeto de no consagrarse rey fuera del emplazamiento de la antigua sede. Tenían lugar, al efecto, estas ceremonias en un pueblecito, al que la tradición dio el nombre de Gérticos, situado en tierras de Salamanca, a una distancia aproximada de la ciudad regia de unas 120 millas. Allí, pues, en un solo y mismo día, el 1 de septiembre, acaeció el fin de los días del rey que agonizaba y se produjo, previa elección del mencionado sucesor, la aclamación popular a que nos hemos referido. Pues aunque a este hombre, que gozaba de la complacencia divina y a la par de las vivas instancias del pueblo y de sus altas jerarquías

1. Recesvindo fue rey desde el 649 hasta el 1 de septiembre del 692, fecha en que se produjo su fallecimiento.

conformes en ello, ya le habían investido con la indumentaria regia, no consintió sin embargo ser ungido mediante la imposición de manos del obispo antes de llegar a la ciudad real y sentarse en el solio de la antigua patria, en la cual tendría a bien aceptar el signo de la sacra unción y, acatar humildemente la postura de los que se pronunciaron en favor de su elección, para que no se pensara que, cegado por una repentina ambición de poder, había usurpado o incluso robado, más bien que recibido del Señor, el signo de tan excelso honor. Así que, tras un prudente aplazamiento, el día 19² entra en la ciudad de Toledo, después de haber aceptado el reino.

(4) Pero cuando llegaron adonde recibiría el signo de la sacra unción, en la Iglesia del Pretorio, la de los Santos Pedro y Pablo, resplandeciente con su indumentaria regia, de pie ante el divino altar, prestó juramento de fidelidad al pueblo según el ritual. A continuación, hincado de rodillas, las manos del sacro pontífice Quirico³ le esparcen por la cabeza el óleo de la bendición y el poder de la bendición se le muestra tan pronto se le derrama este signo de salvación. En efecto, de seguida desde lo alto de la cabeza, donde el óleo había sido vertido, alzóse en forma de columna un vapor semejante al humo y del mismo sitio de la cabeza viose revolotear una abeja, señal que constituía un presagio de la felicidad que se aventuraba. Y tal vez no haya resultado ocioso referir estos pormenores, para dar a conocer a la posteridad cuán atinadamente rigió su reino aquél que, no sólo en contra de su voluntad, sino pasando incluso por todos los trámites reglamentarios y hasta conminado por el apremio de toda la gente, mereció acceder a la dignidad real.

(5) Así, pues, en los gloriosos tiempos de éste la tierra de las Galias, nodriza de la traición, se señala por la infamante nota de engullir los miembros perjuros por ella engendrados, corrompida por una inconmensurable fiebre de perjurio. Pues ¿qué no era en ella inhumano y canallesco, allí donde tenía su sede un conciliábulo de conjurados, el signo de la traición, la obscenidad, la usura, la venalidad en los juicios y, lo que es peor que todo esto, un prostíbulo de judíos blasfemos contra nuestro mismísimo Señor y Salvador? Esta tierra, por así decirlo, con el alumbramiento de su perdición se labró su propia ruina y del engendro viperino de su vientre dio pábulo a trenzarse el lazo de su autodestrucción. Y, andando ya por mucho tiempo en esta variedad de accesos febriles, de repente en el mal paso de un execrable cabecilla se desencadena el torbellino de la deslealtad y de uno se contagia a la mayoría el asentimiento en la traición.

(6) Como cabeza de la usurpación el rumor acusa a Ilderico, que, teniendo, en su calidad de conde, la responsabilidad del gobierno de Nîmes, no sólo se irrogó el nombre, sino también el anuncio y la puesta en marcha de la traición, sumándosele como compinches de su iniquidad el detestable prelado de la diócesis de Maguelonne Gumildo y el abad Ramiro. Así que, el artífice del delito, a la par que trataba de atizar

2. Wamba aplaza la unción real hasta el domingo 19 de septiembre del 672.

3. Quirico fue el titular de la diócesis toledana desde el 23 de enero del 667, fecha en que se produjo el óbito de su antecesor Ildefonso, hasta el 29 de enero del 680, en que fue ordenado para este ministerio Julián.

en otros el fuego de su sedición, esforzándose en arrastrar a la inculpación de deslealtad a Aregio, obispo de la bienaventurada ciudad de Nîmes. En vista de que repudiaba sus proposiciones con palabra honesta y corazón inquebrantable, resolvió entregarle vejatoriamente a manos de los francos en los confines de Francia, desposeído de la dignidad de su cargo y sede, y cargado con el peso de las cadenas. Luego, en puesto del pontífice destituido, designó como obispo al abad Ramiro, un cómplice de su traición. En su nombramiento no se observa ninguna disposición reglamentaria, ni se aguarda al visto bueno del rey o el metropolitano; sino que, llegando hasta el colmo de la soberbia, contra las prescripciones de los antepasados, se hace ordenar únicamente por dos obispos de una nación extranjera. Finalizada una ceremonia de tan singular descaro, los infecciosos gérmenes de traición de estos tres sujetos, Ilderico Gumildo y Ramiro, conciertan los límites de su conjura y desde el lugar que llaman Montcamel hasta Nîmes dividen el territorio de la Galia y se lo adjudican para enclave de su conjura, con lo que la deslealtad queda claramente seccionada de la lealtad. Después, una vez reunido un grupo armado, se dedican a saquear a sus conciudadanos y a devastar las tierras de labor, convirtiéndose toda la provincia de la Galia en su presa.

(7) El rumor corrió hasta el rey y, para erradicar de inmediato el nombre de los sediciosos, destina un ejército a las Galias al mando del duque Paulo.⁴ El tal Paulo, por marchar con el ejército a paso lento, hizo flaquear al ejército por las interrupciones y retrasos. Tampoco participó personalmente en la lucha ni dirigió las primeras acometidas contra el enemigo y con semejante dilación enfrió el ánimo de los jóvenes del ardor por la lucha en el que se consumían. Entonces Paulo, transfigurado mentalmente en Saulo, con su negativa a actuar en pro de la lealtad, comenzó a obrar contra la lealtad. Tentado por la ambición de poder, se despoja de repente de su fidelidad, mancilla la promesa de respeto hecha al poderoso soberano, se olvida de su deber para con la patria y, como alguien dijo:⁵ *ingresa en secreto en una tiranía que se había propagado vertiginosamente y la atiza en nombre del Estado*. Emprende todo ello con la oculta intención de que *parezca antes que se sepa de cierto* que ha alcanzado la cima del poder, tras haberse agenciado como compinches de su sedición de Ransindo, duque de la provincia Tarraconense, y de Hildigiso, que aún desempeñaba la función de gardingo.⁶ A fin de hacer efectivo este anhelo con la increíble presteza de un deseo perverso, por así decir, después de haber reunido contingentes de todas partes, anuncia arteramente que se dispone a luchar contra los sediciosos. Fijó el día y decidió el lugar, al que se dirigirían para combatir a los galos. Comprendiendo el plan, gracias al escueto informe de unos cuantos, Argebado, prelado de la cátedra de

4. Con toda probabilidad el Paulo, *comes notariorum* que había asistido a los Concilios VIII (del 653) y IX (del 655) entre los *viri illustres officii palatini*.

5. OROSIUS, *Hist.* VII 40, 6.

6. La palabra "gardingo" procede del término gótico "gards" = *domus*. Se trataba de una nobleza palatina, de rango inferior a los *viri illustres officii palatini*, al servicio personal del soberano.

Narbona, un hombre venerable por su conducta y la persona indicada para salvar al pueblo por su permanente estado de alerta, intentó impedir por todos los medios a su alcance la entrada⁷ en la ciudad de aquel usurpador. Pero tampoco su honorable reputación arredró a Paulo. Antes de que el prelado dejara sin efecto sus propósitos, entrando por sorpresa Paulo con el ejército a toda marcha en la ciudad de Narbona, previno astutamente la celada que se le tendía y mandó atrancar las puertas de la ciudad bajo la atenta vigilancia de hombres armados.⁸ Cuando se congregó el grueso de todo el ejército, el propio Paulo asomó en medio su cabeza de reptil acompañado por algunos secuaces de su traición, hostigando primeramente al obispo por empecinarse en obstaculizar su entrada en la ciudad.

(8) Tras esto, decidido a propalar su traidor designio, mientras trata de quebrantar la fidelidad de la gente con acopio de argumentos especiosos y de inflamar los ánimos de cada cual, atribuyendo al rey Wamba el injurioso calificativo de funesto, el propio Paulo jura primero que todos que no puede considerarle como su rey ni proseguir por más tiempo a su servicio. Es más, dijo: "Elegid de entre vosotros mismos la cabeza visible, ante la cual se postre toda la comunidad en bloque y se perciba con claridad que es nuestro rey." Uno de los conjurados, secuaz de su inicuo proyecto, Ranosindo, se dirige a Paulo como su rey y exterioriza su anhelo de que en lo sucesivo sea Paulo y no otro su rey y el de su pueblo. Así que Paulo se percató de la celeridad de su empresa, de seguida añadió el asentimiento de su voluntad, forzando incluso a todos a prestarle juramento. Después de ello, se apropió del reino y a aquella caterva de conjurados de indecible osadía que no conquistó por la fuerza de las armas se la atrajo con su taimada acción. A Ilderico, Gumildo y Ramiro se los asoció a su traidora empresa sin especial esfuerzo. Más aún, todo el territorio de las Galias de repente se conjura en pro de la sedición y no sólo las Galias, sino también alguna parte de la provincia Tarraconense se calza el coturno de la rebelión. De pronto toda la Galia se convierte en hervidero de traidores, cubil se sedición, conciliábulo de perdidos. Paulo, en su propósito de aumentar el número de secuaces de su traición mediante ofrecimientos y promesas de favores, recluta hordas de francos y de vascones como tropas de apoyo y se entretiene en el interior de las Galias con la turbamulta de enemigos, presentándoles la venida de un tiempo mejor, en el que podría marchar contra Hispania y vengar la usurpación de la dignidad regia.

(9) Por aquel entonces, mientras sucedían estos hechos en el interior de las Galias, el piadoso rey Wamba, que venía a plantar batalla al montaraz pueblo de los vascones, deteníase en territorio de Cantabria. Tan pronto llegó a oídos del rey noticia de lo que se estaba gestando en las Galias, inmediatamente puso en conocimiento de la aristocracia palatina el asunto, para que decidieran entre si podrían dirigirse en son de guerra desde allí hasta las Galias, o si, volviendo a terreno propio, cuando hubieran reunido efectivos humanos suficientes, estarían en condiciones de emprender una

7. La expresión *aditum ... intercludere* recuerda a LIVIUS XXII 22, 10.

8. *Praesidio armatorum* reproduce idéntica expresión de LIVIUS XXIX 32, 2.

expedición de tan largo trayecto con un nutrido ejército. Al ver el soberano que muchos titubeaban ante la doble alternativa, toma él la palabra, dirigiéndoles esta común arenga: “Jóvenes, habéis oído que se ha producido una calamidad y estáis al cabo de con qué valedores se ha armado el promotor de esta conspiración.⁹ Necesario es ir al encuentro del enemigo para sorprenderlo en combate, antes de que se propague con su propio incendio. Deshonroso nos fuera o no acudir al encuentro de esa canalla hasta extirparla, o regresar a casa antes de que fenezcan. Ignominioso nos debe parecer que, quien no pudo contener con sus propias armas a los rebeldes se atreva a menospreciar a hombres de tan reconocido valor y que, quien no fue capaz por la estabilidad de la patria de someter ni tan siquiera la piel más abyecta de un solo hombre ose mostrarse como enemigo de su gente, tratándonos hasta de afeminados y poco hombres, por no enfrentarnos a su tiranía ni con armas, ni con hombres, ni con plan alguno. ¿Qué mérito tendría, aunque muriera, por pasarse a las huestes de los francos en su lucha contra nosotros? Muy conocida nos es y no resulta un secreto la forma de luchar de ellos. Por tanto, vergüenza debiera daros de que a nuestras formaciones las haga temblar de miedo la táctica de la tortuga empleada por ellos cuyo valor sabéis que siempre es más endeble. Pero si se apoya en la conjura de los galos para justificar su usurpación, como baldón hay que considerar el que este pueblo ceda ante el último rincón de la tierra y el que éstos, sobre quienes se extiende un vasto reino, se inquieten por los alzamientos de aquellos a quienes defienden en calidad de súbditos. Tanto si son los galos como si son los francos, tengan presente que pagarán por el crimen de conspiración; debemos reivindicar nuestro título de gloria con armas justicieras. No vamos a enfrentarnos con mujeres, sino con hombres, aun cuando sea del todo sabido que nunca pueden los francos resistir a los godos ni los galos hacer algo egregio sin nosotros. Y si alegáis las dificultades en el abastecimiento y el transporte, más glorioso nos será, habiéndolo pospuesto todo, el haber obtenido el triunfo en situación apurada que el emprender guerras planteadas con ventaja. Siempre es más merecedor de admiración quien se hace célebre por su espíritu de sacrificio que por la abundancia de recursos. ¡Alzaos al signo de la victoria, aniquilad el nombre de los traidores! Mientras dura la fogosidad del ánimo, no debe haber ninguna demora en la marcha; mientras la ira enardece los ánimos contra el enemigo, ninguna tardanza debe detenernos. Con que, si se puede continuar el camino emprendido, sin frenar el paso, con mayor facilidad podrán ser abatidos los emplazamientos de nuestros enemigos. Pues, como dijo un sabio,¹⁰ *la ira en el instante es poderosa; si se la deja enfriar, se apaga*. Así, pues, no debe volver sobre sus pasos el soldado al que el brioso impulso de luchar le erige en vencedor. No hemos de apartarnos del camino más directo. Vayamos, pues, a infligir una derrota a los vascones; luego apresurémonos a extinguir de cuajo el nombre de los sediciosos”.

9. *Incentor seditionis* es giro que también se encuentra en HEGESIPPUS V 17, 41.

10. Se ignora la paternidad de esta sentencia.

(10) Con estas palabras se caldean los ánimos de todos y exteriorizan su anhelo de que se lleve a efecto lo que se les pide. Acto seguido, se interna en el territorio de Vasconia, donde la devastación sistemática prolongada durante siete días a campo abierto, el hostigamiento de los reductos militares y el incendio de casas particulares se produjo con tal virulencia que los propios vascones, tras deponer la rudeza de su corazón y previa entrega de rehenes, solicitaron no sólo con súplicas sino con ofrecimientos que se les perdonara la vida y se restableciera la paz. Así que fueron aceptados los rehenes y fijados los tributos, después de negociar la paz, se dirige en línea recta contra las Galias, atravesando las ciudades de Calahorra y Huesca. Luego, tras elegir los generales, divide el ejército en tres compañías, de manera que una de ellas avanzara hasta Llivia, capital de la Cerdeña; la segunda se dirigiría por Vich hasta los Pirineos centrales; la tercera marcharía por la carretera hasta la costa.¹¹ El piadoso rey seguía a los anteriores con un nutrido grupo de expedicionarios. Pero, en vista de que una indecorosa ansia de rapiña no sólo embotaba a los nuestros, sino que incluso con el incendio de las casas perpetraba el pecado del adulterio, el mencionado príncipe castigaba con tal rigor disciplinario el pecado cometido por ellos, que pensarías que les imponía sanciones más severas que si contra su persona hubieran procedido hostilmente. Prueba de ello son los prepucios cortados de algunos violadores, a los que impuso esta pena en castigo por su fornicación. Decía en efecto: "Con que el resultado de la guerra está próximo y vosotros os divertís mancillando vuestra alma. Estoy seguro, ya estáis cerca de la prueba decisiva del combate; mirad que no perezcáis víctimas de vuestras sordideces. Si yo no castigo esta depravación, me voy de aquí atado. Llegaré hasta ser acogido en el justo juicio de Dios, si, viendo la perversidad del pueblo, no la reprimo. De ejemplo debe servirme aquel sacerdote Elí,¹² mencionado en las Sagradas Escrituras, quien, por no querer increpar a sus hijos por la monstruosidad de sus fechorías, oyó que murieron en combate y él mismo expiró en pos de sus hijos con el cuello quebrado. Así, pues, estas cosas debemos tomarlas en serio y, por tanto, si seguimos limpios de pecado, no habrá duda de que obtendremos el triunfo sobre el enemigo. Bajo esta disciplina que hemos descrito, el mencionado rey, que guiaba gloriosamente al ejército y contenía la moral de cada uno al amparo de las normas divinas, veía con el correr del tiempo que prosperaba su propuesta de lucha y la victoria en el combate.

(11) La primera de todas las ciudades sublevadas en someterse al dominio del piadoso soberano fue Barcelona; a continuación, se entrega Gerona. A Amador, venerable obispo de la referida ciudad, ese apestado de Paulo le había enviado una carta del siguiente tenor: *He oído que el rey Wamba se dispone a presentarse ante nos*

11. El ejército de Wamba se divide en tres columnas: la primera subiría por el valle del Segre hasta la Cerdagne atravesando Puigcerda, Llivia, Col de Perche, para bajar luego hasta el río Tet; la segunda discurriría por los ríos Ter y Tech, atravesando Vich, Ripoll, Camprodon, Col d'Aria, Prats-de-Mollo y Céret; la tercera utilizaría la vía Augusta y, pasando por Barcelona y Gerona, llegaría hasta los Pirineos. Por la zona de Perpignan se reagruparía nuevamente el grueso del ejército (*vid.* Levison, p. 509, nota 8).

12. *Vid.* I Sam. 4, 17-18

con su ejército, pero tu corazón no debe turbarse por ello,¹³ porque no creo que eso suceda. Con todo, al que primero de nosotros dos tu santidad vea acercarse con el ejército, a este considérele como señor y en su lealtad persista. Eso le escribió ese miserable y sin saberlo adelantó una atinada propuesta en su propia contra. Cuéntase que el piadoso soberano, interpretando sabiamente las palabras de este escrito, dijo: “¿No ha hablado Paulo en esta misiva de sí mismo? Aunque a ciegas, creo que en él ha pronunciado una profecía”. Seguidamente, tras haber salido el soberano de la ciudad de Gerona, librando algunas escaramuzas, llegó a los altos de los montes Pirineos. Luego de haber concedido al ejército un respiro de dos días, acordonó las cimas de los montes Pirineos con tres compañías, como se ha dicho, y los fuertes pirenaicos llamados Collioure, Otrera y Llivia los conquistó y sometió en memorable triunfo, encontrando en estas fortificaciones mucho oro y plata, que cedió como botín al copioso ejército. En el reducto denominado “Clausuras”¹⁴ se produjo la irrupción con dos ejércitos destacados delante de él al mando de dos generales. Aquí son apresados también Ranosindo e Hildigiso con el resto de la banda de traidores que habían acudido a defender el reducto y, con las manos atadas a la espalda,¹⁵ son llevados a presencia del soberano. Pero Witimiro, uno de los conjurados, que se había recluido en Cerdane, presintiendo que los nuestros se habían abierto paso por la fuerza, al punto dióse a la huída y se dirigió a Narbona para transmitir puntualmente a Paulo noticia de semejante descalabro. El relato dejó al tirano vivamente impresionado de terror. Por su parte, el piadoso soberano, después de sojuzgar al ejército de los susodichos reductos, bajando al llano detrás de los montes Pirineos, aguarda tan solo un par de días para reagrupar al ejército en un solo bloque compacto.

(12) Pero cuando el grueso del ejército, reagrupado desde sus diferentes procedencias en un núcleo sólido, se incrementó considerablemente, ya no hubo ninguna demora; antes al contrario, envía inmediatamente un contingente escogido de soldados al mando de cuatro generales para doblegar Narbona ante su propia vista, destinando otro ejército para luchar en combate naval. Hacía ya pocos días que el rebelde Paulo se había esfumado de Narbona huyendo còbaramente, al haber caído en la cuenta de que los partidarios del piadoso soberano avanzaban a toda prisa con un contingente de tropas bastante más nutrido. Paulo, que se había reservado esta ciudad como dominio de su exclusiva competencia, la rodeó de un numeroso destacamento defensivo de traidores y encomendó a su general Witimiro la dirección de las operaciones militares. Al exhortarle nuestro ejército con blandas palabras a entregar la ciudad sin derramamiento de sangre, se negó en redondo y, atrancadas las puertas de la ciudad, desde la muralla llena de dicerios al ejército del piadoso soberano. Contra el propio rey dobla sus improperios y con amenazas trata de amedrentar a la tropa. Pero el grueso de

13. *Vid. II Reg.* 6,11.

14. En la frontera entre España y Francia, cerca de Perthus, todavía hoy existe un pueblecito denominado L'Ecluse o La Cluse, que recuerda incluso fonéticamente al latín *Clausurae*. En el texto se emplea como otra forma de designar a los Pirineos.

15. La expresión *devinctis post tergum manibus* se encuentra en OROSIUS, *Hist.* V 4, 21.

nuestros partidarios, que no estaba dispuesto a consentir esto, se inflamó con el repentino ardor del coraje y en su lanzamiento de dardos apuntó a la boca de los traidores. ¿Qué más? Por ambos bandos se traba combate formidable y en lugar de flechas ambos contendientes se arrojan unos contra otros. Pero cuando los nuestros empezaron a perder la esperanza, no sólo ensartan con venablos a los sediciosos que se debatían en la muralla, sino que al interior de la ciudad lanzan tal lluvia de piedras, que se diría que la ciudad se anegaba en el clamor de las voces y el estrépito de los guijarros. Prácticamente se luchó con denuedo por ambas partes desde la hora quinta hasta la hora octava del mismo día. Pero en cuanto se caldean los ánimos de los nuestros, no pudieron diferir por más tiempo la victoria, sino que se apegan a las puertas para luchar más de cerca. Entonces, en arremetida victoriosa, por obra de Dios, incendian las puertas, se encaraman a los muros y entran victoriosos en la ciudad, reduciendo a los sediciosos. Cuando Witimiro con un grupo de gente armada trataba de alcanzar la iglesia, desconcertado por la irrupción de los nuestros, juraba el infeliz que él se defendería tras el altar de la Santa Virgen María, no en razón de la consideración debida al lugar, sino con su espada, sosteniendo en la diestra una espada y amenazando de muerte a cada uno. Para cortar sin contemplaciones su acceso de locura, uno de los nuestros, despojándose de sus armas, agarró un tablón con la mano y, poseído de fiero impulso, enfiló contra él. Pero cuando con todas sus fuerzas iba a descargar la tabla sobre su cabeza, se prosterna tembloroso en tierra, es hecho prisionero y se le quita el hierro de la mano. Arrastrado después de mala manera, se ve costreñido por el peso de los grilletes y es azotado junto con sus compinches, con cuyo concurso trataba de sostener la ciudad.

(13) Después de esto, vencida y sojuzgada la ciudad de Narbona, encamina el paso para perseguir a Paulo, que se había refugiado en Nîmes. Luego, son sometidas las ciudades de Béziers y Agde. En la ciudad de Maguelonne, Gumildo, titular de la sede, viendo que el ejército se había desplegado en derredor para sitiarse y que la propia ciudad estaba copada no sólo por los que habían llegado a luchar por tierra, sino también por los que habían acudido por mar prestos a emprender un combate naval, asustado por esta contingencia, optó por el camino más corto y se refugió en Nîmes junto con su compinche Paulo. Pero cuando el ejército de Hispania se percató de que Gumildo había salido huyendo, acto seguido conquistó la ciudad de Maguelonne en una victoria similar. Así que los nuestros insisten en reducir la ciudad de Nîmes con la tropa dispuesta en orden de combate, es escogida una primera línea de choque compuesta por un selecto pelotón de combatientes al mando de cuatro generales, de entre los cuales unos jóvenes seleccionados precederían al soberano aproximadamente en unas treinta millas. Habiendo cumplido aprisa el trayecto del camino para prevenir las asechanzas de los sediciosos, de repente, tan pronto despuntó la luz del naciente día, aparecieron nuestras formaciones, aprestadas con parejo armamento y moral de combate, en rápida incursión en Nîmes, donde Paulo se había unido al ejército de las Galias y a las hordas francas para plantar batalla. Cuando ellos nos ven desde la ciudad, en la idea de que iban a luchar contra unos pocos, se inclinan por dejarnos fuera de combate a campo abierto. Pero, sospechando la astucia de alguna añagaza, prefieren emprender la lucha en el interior de la ciudad desde sus propias

murallas, mejor que hacer frente fuera de la ciudad a los imprevisibles azares de un peligro inminente, al obstaculizar la entrada de otra gente que pudiera venir en su ayuda. Pero cuando el sol brilló sobre las tierras, trabaron combate los nuestros. La primera línea de choque, al son retumbante de las trompas, es desmantelada entre una nube de piedras. Luego tronó el clamor de las trompas y, acudiendo los nuestros desde todas partes, entre el fragor del griterío, alcanzan los muros de la ciudad con sus tiros de piedras y consiguen abatir con dardos y flechas a los que se habían apostado por el muro armados de toda clase de proyectiles, si bien también ellos en su afán por resistir lanzaban contra los nuestros dardos de varios tipos. ¿Qué os voy a contar? Se traba combate con más denuedo por ambos bandos, con iguales posibilidades contienden los dos y con parejas oportunidades. Ni por los nuestros ni por ellos se cede en el lance emprendido. En una palabra, durante todo el día se luchó a punta de espada por una victoria que no terminaba de decantarse.

(14) Uno de los instigadores de la insurrección, viendo que se venía encima una dura lucha, con idea de picar desde la muralla a los nuestros, formula verbalmente el siguiente comentario: “¿Por qué os empecináis en luchar bravamente, si vais a morir? ¿Por qué no volvéis a vuestros hogares? ¿Queréis acaso anticipar la caída en la muerte antes del ocaso de vuestra vida? ¿Por qué no buscáis, más bien, quebradas donde podáis esconderos, cuando hagan acto de presencia nuestras tropas de apoyo? Creed que he sentido pena de vosotros, sabiendo de antemano en lo que quedará la cosa y la llegada de una satisfacción inminente. Para mí es cosa bien sabida la enorme cantidad de refuerzos que va a acudir. Ya es el tercer día y eso que vengo de allí a toda prisa. Con que, sabiéndolo de cierto, aguardo compungido el final de vuestra fúnebre pompa. A ese soberano vuestro, por el que habéis venido a luchar, os lo mostraré atado, le colmaré de injurias y me burlaré de él con toda suerte de denuestos. No vale la pena pelear tan aguerridamente por quien es casi seguro que ya ha caído en nuestra trampa. Y, lo que es más grave, cuando la victoria sea nuestra, no habrá perdón para ninguno de vosotros”. Mientras decía esto, no sólo no se encogió el coraje de los nuestros, sino que se les atizó con más brío el ardor por la lucha. Se aproximan a la muralla y, con más arrestos aún que cuando habían empezado, se aferran al combate y renuevan con vigor el combate emprendido.

(15) Esto es lo que aconteció durante todo el día, hasta que la noche puso fin al combate.¹⁶ Con el mismo entusiasmo del primer día,¹⁷ en el que los nuestros persistían en la lucha con indesmayable tesón, someten el asunto a la consideración del soberano y le solicitan el envío de refuerzos, a fin de velar con las máximas precauciones por su propia seguridad, de modo que pudieran prevenir una trampa tendida por gente foránea o caer exhaustos por flaqueza de fuerzas a manos de aquellos contra quienes

16. *Nox tandem finem proelio dedit* es un remedo de la frase *nisi nox proelio finem dedisset* de ISIDORUS, *Hist. Goth.* 3.

17. El 31 de agosto del 673.

luchaban. Y la petición fue atendida. En efecto, cuando el soberano supo que Paulo, el paladín de la tiranía, pugnaba contra los nuestros, no hubo ninguna demora más. Con admirable resolución en cursar órdenes, puso aproximadamente 10.000 hombres escogidos de entre la tropa al mando del general Wandemiro para apoyar a los combatientes. Caminaron alerta durante toda la noche y a paso ligero. A la llegada no sólo se aprestaron a neutralizar al enemigo, sino también a llevar rápido alivio al ánimo de los nuestros. Pero cuando las prolongadas vigilias de los centinelas desesperaban ya en cierto modo de mantener por más tiempo al enemigo cercado, de pronto ven que se les envían los refuerzos; entonces el sueño se disipa de sus ojos y, gozosos en su corazón, tras recuperar fuerzas, se fija el momento de la lucha.

(16) Ya la Aurora había dejado su azafranado remanso al Sol,¹⁸ y el tropel enemigo, apiñado por la muralla, observa que en el sereno despuntar del día habíanse multiplicado las columnas de combatientes en número mayor al de la víspera. Ya entonces el cabecilla de la tiranía, Paulo, corre a subir hasta una destacada atalaya para contemplar tan singular espectáculo. Cuando vio las líneas de los nuestros en orden, entonces, según se dice, vaciló su ánimo y pronunció estas palabras: "Reconozco que todo este dispositivo bélico procede de mi rival; él es, no estoy pensando en otro, pues le reconozco en su personal apresto". Diciendo estas y otras cosas semejantes, por tal de enderezar el ánimo hacia el valor, trata de enardecer a los suyos para el combate. Les dice: "No os dejéis dominar por el miedo. Sólo aquí radica aquella acreditada virtud de los godos, que se jactaba con su acostumbrada osadía de venir hasta nosotros para vencernos. Aquí, aquí, creedme, está el soberano; aquí, todo su ejército; no hay nada más que temer. Ciertamente que fue famoso en otro tiempo su valor tanto para defender a los suyos como para sembrar el pánico en otros pueblos; pero ahora todo aquel brío suyo en la lucha se marchitó, toda su experiencia en el combate se acabó. No les queda ninguna costumbre de luchar, ninguna práctica en el combate. Con sólo que se vean urgidos a entrar en batalla, se esfumarán de seguida a escondrijos seguros, porque sus degenerados ánimos son incapaces de sostener el peso de la lucha. Es más, lo que estoy diciendo, cuando empecéis a luchar, vosotros mismos lo comprobaréis en mis palabras. No hay nada más que debáis temer, cuando veis que el rey y su ejército están aquí". Muchos de los suyos añadían a esto que un rey no podía aparecer sin estandartes. A lo que él replicaba que había venido con las insignias ocultas, para dar a entender a sus enemigos, que aún había otro ejército más, con el que después se presentaría, acompañado de una tropa más numerosa de lo que hasta entonces había venido. Pero mientras dice esto, organiza el fraude y monta el engaño, para que, a los que no puede doblegar valerosamente, mediante tretas los intimide con el miedo.

(17) Y no había terminado todavía de hablar, cuando de repente retumban las trompas de guerra de los nuestros y, reanudando el combate, renuevan el aspecto de

18. *Iam soli croceum liquerat Aurora cubile* reproduce el verso virgiliano de *Georg.* I 447 = *Aen.* IV 585 *Tithoni croceum linquens Aurora cubile*. Se está refiriendo al 1 de septiembre del 673.

lucha del día anterior. Pero, poniendo ellos su confianza en la victoria más en la resistencia de los muros que en sus propias fuerzas, apostados en el interior de la ciudad, lanzan dardos por la muralla y reavivan por segunda vez la refriega con los nuestros. Por ambos se encendió el ansia de lucha,¹⁹ pero el valor de los nuestros se hizo más patente en el combate. Como campeaban con todos sus bríos y ensartaban al enemigo dentro de la ciudad con toda suerte de armas, la mayoría de efectivos procedentes de país extranjero, heridos mortalmente y sorprendidos a la vez del valor y tesón de los nuestros, motejaban a Paulo de este modo: “No vemos esa cobardía en el combate de los godos de la que hablabas; lo que vemos en ellos es inusitada audacia y empeño por la victoria. Las heridas que hemos recibido lo prueban entre otras cosas”. Tan enconadas arremetidas lanzan contra el enemigo, que el propio estrépito lo paraliza de terror, antes de que el asestamiento del golpe acabe con su vida. Abrumado Paulo por estas palabras, resquebrajábese cada vez más por la punzada intensa de la desesperación.

(18) Pero, lamentándose los nuestros de que su victoria se les aplazara para el día siguiente, aunque luchaban con sin par tenacidad, resurgen con mayor ímpetu, dándose por totalmente derrotados, si no vencían enseguida. Así que, espoleados con mayor rabia de lo que habían estado, hasta aproximadamente la hora quinta del día socavan la fortificación de la ciudad en continuas acometidas, lanzan lluvias de piedras entre un pavoroso estrépito, incendian las puertas aplicándoles fuego abajo e irrumpen por los minúsculos entrantes del muro. Luego, entrando ufanos de gloria en la ciudad, se abren paso a punta de espada. Pero; al no poder contener los ánimos fieros de los nuestros, se recluyen para guarnecerse en las Arènes,²⁰ que está vallado por un muro en extremo resistente y por construcciones antiguas. Y cuando les dio la impresión de que les seguían algunos de los nuestros, que se habían entregado a la rapiña, tan pronto se adelantaron hasta allí, mueren degollados, antes de que lograsen introducirse en la fortaleza de las Arènes. Pero muchos de nuestra tropa, que se habían quedado fuera ávidos de botín, cayeron abatidos a tajos de espada, no por hacer gala ante los demás de un valor extraordinario, sino (según el proceder característico de los salteadores, pues sabían que se habían acercado hasta la fortaleza de las Arènes con las miras puestas en el botín) como si con ello doblegaran con más facilidad a quienes habían encontrado divididos y no dos a la vez contra uno.

(19) Entre los propios sediciosos se desencadena también una nueva sedición y, tan pronto ciudadanos y vecinos de la localidad hicieron recaer sospechas de traición en alguno de los suyos, sobre quienes caía la sospecha los ejecutan pasándolos por las armas, de forma tal que el propio Paulo, al contemplar cómo uno de sus deudos era degollado en presencia de los suyos y por manos de los suyos, clamaba con quejumbrosa voz que aquel era su servidor y que no intercedería en favor de ningún otro que así muriera. Pero también él, por mostrarse sin coraje y asustadizo, es menospreciado

19. *Incentivum belli* aparece en HEGESIPPUS II 10, 2; IV 6, 9 y IV 26, 1.

20. El celeberrimo anfiteatro romano de Nîmes, cuyas ruinas aún se conservan.

por sus propios partidarios, de manera que pensarías que más bien suplicaba que mandaba a los demás. Pues también era considerado sospechoso por los naturales de la localidad además de por los que con él habían venido de Hispania, como para que no pensara en su propia salvación traicionándoles a ellos, y los hispanos, como para no pasarse al soberano, si era condenado a muerte por los habitantes de la región. ¿Qué más? Dentro de la ciudad se origina un lamentable espectáculo de lucha. Por una parte cae un caterva de apestados, por otra se doblega, por otra es degollada, pues que quienes escapaban a nuestras espadas sucumbían a espada de los suyos. La ciudad se llena de cadáveres humanos,²¹ además del luto por las muertes. Doquiera se dirigiese la mirada, extendíanse hacinaamientos humanos o rebaños de animales degollados; las encrucijadas de los caminos, llenas de cadáveres; el resto del terreno, cuajado en sangre. Escenas de muerte horribles en las casas y, de haber examinado atentamente los rincones de las casas, encontrarías muertos tirados por el suelo. Por los caminos de la ciudad verías arrojar cadáveres humanos con semblante amenazador y brutal fiereza, como si aún formaran en la misma línea de combate; el aspecto demacrado, macilenta la color, horror indescriptible, hedor inaguantable. También algunos, entre los montones de cadáveres tirados, que habían recibido heridas mortíferas, simulaban la apariencia de la muerte, para escapar a la muerte, aun cuando sin embargo, exhaustos por la consunción de la herida y la inclemencia del hambre, no podían librarse de la muerte, excepto uno, de quien es sabido que simular la muerte le deparó la vida.

(20) Pero Paulo, depuesta ya la locura de la tiranía, deploraba con grandes sollozos de su corazón que se produjeran estas y otras escenas semejantes, viéndose inérme para hacer frente al enemigo y para socorrer en alguna forma a los suyos. Acercóse a él con intención de zaherirle un hombre de su servicio y le dijo: "¿Por qué estás ahí parado? ¿Dónde están esos consejeros tuyos que te indujeron a este calamitoso escarnio? ¿De qué te sirvió alzarte contra los tuyos, cuando no eres capaz ahora de ayudarte ni a ti ni a los tuyos en tan desatinada empresa de destrucción?". Con estas palabras le picaba, incitado no sólo por afán de insultarle sino también por la comezón de la amargura. Pero como él le propusiera con amables palabras respetar su dolor y no añadir confusión a la confusión, finalmente bajó aprisa los escalones de mármol, enhiesto sobre los cuales se había acercado para motejarle así y ante los ojos de Paulo sucumbió degollado por los suyos. A los tales Paulo les apostrofaba: "¿Por qué le buscáis? Es mío, que no muera". Y con intenso lamento les suplicaba que se lo dejaran; pero, tenido en menosprecio, como quien iba a morir a continuación, no fue atendido. Entonces, en el colmo de la desesperación, se despojó de los atavíos regios deshecho en lágrimas. De ellos se había apropiado más por su ambición de usurparlos que por legítima prescripción, obrando el admirable y oculto designio divino que el tirano depusiera la dignidad real en el mismo día en que el piadoso soberano había

21. *Repletur itaque civitas ... cadaveribus humanorum* recuerda a *regio omnis repleta erat cadaveribus humanis* de HEGESIPPUS IV 15, 3.

recibido del Señor el cetro real.²² El día, en fin, en que, tras girar la órbita del año en curso, se produjo la entrada en la ciudad. En él es depuesta la vestimenta regia robada por el usurpador; en él tiene lugar la sangrienta venganza sobre los enemigos.

(21) A todo esto, ya había llegado el tercer día,²³ en el que Paulo, después de los profundos suspiros de la pasada noche, aguarda su funeral definitivo. En efecto, por la mañana se puso a departir con los que había tenido como secuaces de su traición, para que le dijeran el último adiós o, si les era posible, cuidaran aún por su seguridad en algo. Entonces Argebado, prelado de la diócesis de Narbona, es enviado al soberano con la común resolución de rogar por su vida y pedir perdón por sus ofensas. Tras la ofrenda de la Hostia a Dios, algunos recibieron la gracia de la Santa Comunión (el cuerpo y la sangre del Señor), con lo cual no sólo se librarían de los rigores extremos de la muerte, sino que también prevendrían el ser enterrados sin sepultura, porque con razón se les niega la sepultura a quienes perpetran la destrucción. Ya el obispo Argebado se había puesto en marcha para implorar perdón. Y hete aquí que, viendo el veloz avance del soberano con una incalculable formación de combatientes a casi cuatro millas de la ciudad, desmontó de su corcel para acudir al encuentro del soberano en persona, se hinca de hinojos en tierra y suplica el perdón. En su encuentro con él, el soberano contuvo un instante su caballo y, como era propenso a la misericordia en lo profundo de su ser, mandó al obispo alzarse de tierra. El hombre se yergue acto seguido y, entrecortada el habla por sollozos y gimoteos, con voz lastimera decía: “¡Ay! Hemos pecado contra el cielo y contra ti, sacratísimo soberano. No somos dignos de que nos acoja la gracia de tu compasión, de recibir la concesión de tu perdón, puesto que hemos mancillado la promesa de lealtad que te ofrecimos y nos hemos desvariado en tan peligrosos pasos en falso. Tenga consideración de nosotros, te lo ruego, tu piedad, para que la espada justiciera no extinga nuestros moribundos restos y que el filo de tu arma no alcance a más ciudadanos de lo que ya lo ha hecho. Ordena al ejército que cese en el derramamiento de sangre y que los ciudadanos respeten a sus conciudadanos. Los más débiles hemos escapado a la espada, pero el perdón se pide por los débiles. Respeta, por tanto, nuestros restos, de modo que, puesto que ya contra otros de los nuestros fluyó la destrucción de la muerte, por lo menos queden aquellos de quienes puedas compadecerte. Pues si no quieres cortar de seguida la carnicería, ni tan siquiera quedarán habitantes que miren por la ciudad”.

(22) Conmovido por estas palabras el piadoso soberano, deshecho en lágrimas, no fue inexorable, porque sabía en el hondo arcano de su corazón que todo se le acababa, que todo lo que se decía se había terminado, de no conceder perdón a un suplicante. Por ello, el soberano respondió con estas palabras al suplicante: “Ten por cierto lo que voy a decirte. Vencido por tus súplicas, te regalo las almas que has solicitado. No las destruiré con la espada de la justicia; no derramaré hoy sangre de nadie, ni tampoco segaré la vida de nadie, aunque la ofensa de estos tales no va a quedar impune”. El

22. El 1 de septiembre del 673.

23. Se entiende a partir de la toma de Nîmes que sucedió el 31 de agosto del 673. Por lo tanto, se trata del 2 de septiembre del mencionado año..

venerable varón le insistía en que, contra aquellos cuya vida había perdonado, no ejecutara ningún castigo ejemplar. Pero el soberano, que de pronto se tornó inclemente por un repentino acceso de cólera, le dijo: "Ya no me impongáis más y más condiciones, pues que ya es bastante con haberos perdonado la vida. Baste con respetarte íntegramente sólo a ti, pero de los demás nada de estos te garantizo". A partir de entonces, indignándose progresivamente, consumiéndose en su interno ardor y en rápida marcha se aprestaba a hacerse con la victoria, mandando delante de él grupos de legados, para que los nuestros se abstuvieran de la lucha hasta tanto toda la flor y nata del ejército viniera con el soberano para conquistar el interior de la ciudad.

(23) Apresurando finalmente el ritmo de marcha, llegó el soberano a la ciudad, despertando el sobrecogimiento por la tremenda comitiva y el ejército. Allí estaban los signos terroríficos de la guerra. Y así que el sol se había reflejado en los escudos, la propia tierra brillaba con doble luz;²⁴ las propias armas radiantes también contribuían a aumentar el resplandor del sol más de lo habitual. Pero ¿qué os voy a contar? ¿Quién podrá describir la parafernalia de los ejércitos, las engastaduras de las armas, el aspecto de los jóvenes, la paridad de criterios? Fue entonces cuando se manifestó la divina protección, mostrándose con signos inequívocos, pues, según se refiere, parecióle a un hombre de país extranjero que el ejército del piadoso soberano se hallaba protegido por los ángeles de la guarda y que los propios ángeles llevaban sobre el campamento del mismo ejército los símbolos de su protección en su revoloteo. Pero, dejando por un momento estas y otras cosas tales en silencio, sigamos por orden la labor acometida.

(24) Habiéndose dado cuenta el soberano de que el ejército ya se había congregado en un bloque unitario, situado a una distancia aproximada de la ciudad de un estadio, sacudido por un increíble ardor de espíritu, distribuye los generales, divide las líneas, y les instruye en el modo de desplegar el combate, disponiendo previamente, como lo había estado hasta hacía poco, la formación de hombre valerosos por las cimas de los montes y las costas marítimas que se conjuntan en parte de Francia, de modo que el tropel de combatientes expedito y ligero cumpliera las órdenes de ataque con más garantía, al no haber oído nada adverso procedente de pueblos extraños. Entonces, envía de entre los generales a los elegidos por ser más íntegros en fortaleza y coraje a sacar a Paulo y a los demás instigadores de la sedición de las cavidades de las Arènes, en las que se había refugiado para burlar a la muerte. Y sin dilación, cumpliendo las órdenes con hechos, de inmediato es sacado el propio Paulo junto con los suyos de los escondrijos de las Arènes y así, entregado por el muro, es tratado de mala manera. Luego, toda aquella insolente chusma de las Galias y de los francos, que desde allí había acudido a luchar contra los nuestros, es capturada y detenida junto con sus enormes tesoros. Y, al congregarse aquella pérdida caterva en un núcleo, flanqueada a derecha e izquierda por el ejército, dos de nuestros generales, montados a caballo, que sujetaban con las manos extendidas a Paulo, situado en medio de ellos

24. Cf. 1 Mach. 6, 39.

con las manos atenazadas al pelo, comunican al soberano que va a serle entregado yendo a pie.

(25) En viéndole el soberano, con las manos tendidas al cielo, le dice entre lágrimas: “A ti, Dios, te alabo, rey de todos los reyes, porque *humillaste al soberbio y con el valor de tu brazo trituraste a mis adversarios*”²⁵ Estas y otras cosas semejantes profería el soberano ahogado en llanto. Pero tan pronto el usurpador contempló con los ojos alzados el rostro del soberano, al instante se postró en tierra y se desató el cinturón, ya medio exánime y trastornado por un miedo pavoroso, sin aguardar lo que le aconteciera. Era cosa digna de ver cómo de tan excelsa altura, aunque usurpada la legitimidad, había desembocado en esta repentina humillación y profundo oprobio. Era algo grande contemplar cuán fácilmente se había producido la mudanza de la situación: ¡qué pronto podrías ver abatido aquel, a quien hasta hacía poco le habías oído ufano y a quien la víspera le había tenido aún como rey, derrumbarse en precipitada caída en la catástrofe! En él se cumplió plenamente aquella profética frase: *Vi al impío altanero y remontado por encima de los cedros del Líbano. Y pasé y ya no estaba; y le busqué y su paradero no se halló.*²⁶ ¿Y qué más? Cuando el propio Paulo y los demás cautivos de la misma banda se detuvieron delante del caballo del soberano, díjoles: “Por qué os habéis precipitado en tamaña locura, respondiendo con iniquidades a mis mercedes? Pero ¿para qué me voy a parar? Marchaos y consideraos bajo arresto hasta que se os juzgue. Os concederé la gracia de vivir, aunque no lo merezcáis”. Entonces los entregó a todos repartidos entre el ejército, después de haber elegido alertas centinelas. Con relación a los prisioneros francos, manda que sean tratados correctamente. Había algunos de ellos de nobilísimo linaje que fueron tomados como rehenes; el resto (algunos eran francos, otros sajones) los devolvió a todos a casa colmados por la munificencia del rey, dieciocho días después de haber sido apresados,²⁷ pues decía que el vencedor no debe mostrarse inmisericorde para con los vencidos.

(26) El 31 de agosto comenzaron los nuestros las hostilidades contra Nîmes y el 1 de septiembre tuvo lugar la irrupción en la ciudad.²⁸ Finalmente, el 2 de septiembre el usurpador Paulo es derrotado y hecho prisionero en célebre captura. Pero después de ello, el corazón del piadoso soberano, preocupado por la reconstrucción de la maltrecha ciudad, inmediatamente repara los socavones de los muros, sustituye las puertas incendiadas y entierra los cadáveres insepultos, restituyendo el botín arrebatado a los habitantes del lugar e indemnizando por los daños causados con cargo al tesoro público. Manda custodiar con más rigurosa vigilancia todo el acopio de tesoro del que se habían apoderado, no impulsado por afán de avaricia, sino imbuido por el amor divino, de modo que los objetos consagrados a Dios pudieran apartarlos con más

25. Cf. Ps. 88. 11.

26. Cf. Ps. 36, 35 y 36.

27. El 19 de septiembre del 673.

28. *Inruptio facta est repite* a HEGESIPPUS III 15. 1.

facilidad y restituirlos a las ceremonias del culto. Paulo, ese colmo de la maldad, había acumulado pecado sobre pecado, añadiendo el sacrilegio a la usurpación. Pues, como dijo un sabio,²⁹ *si no hubiera espoliado las iglesias sagradas, no le fuera posible amasar su fortuna*. Y así se procedió a que los vasos de plata, la mayoría de ellos robados de los tesoros de las iglesias, y la corona de oro, que el rey Recaredo³⁰ había ofrendado al cuerpo de San Félix³¹ para honrar su memoria y que Paulo se atrevió a ceñir en su desvariada cabeza, todo ello almacenado en un montón mandó apartarlo con gran celo y cuidóse con suma devoción de restituirlo, según correspondía a cada iglesia.

(27) Ya había llegado para los vencedores el tercer día después de la victoria³² y Paulo, cargado de hierros junto con los demás, es presentado al soberano, sentado en su trono. Entonces, según la antigua costumbre, inclina el cuello, doblando la espina dorsal, ante las reales plantas; luego, a la vista de todo el ejército es declarado culpable junto con los otros, mereciendo en opinión de todos la pena de muerte, por haber perpetrado la muerte del rey. Pero no recayó sobre ellos ninguna sentencia de muerte; sufrieron sólo, como es preceptivo, el castigo de la decalcación. Circulaba, no obstante, el rumor de que los francos vendrían a liberar a los cautivos. Pero el soberano, que ansiaba la ocasión de pelear contra los francos, manteníase a la expectativa, deseando castigar las afrentas no sólo de esta vez, sino las pasadas infligidas a su gente, aguardando día tras día con prestancia de ánimo la llegada de aquellos, contra quienes se disponía a combatir de todos modos. Pero como ningún franco se aproximó con intenciones hostiles, habíase él jurado que les acometería antes, a menos que lo impidiera una madurada reflexión de su corazón y de sus partidarios, en el sentido de no dar lugar a derramamientos de sangre, quebrantando el pacto de paz entre ambos pueblos. Pero mientras rumiaba su propósito de luchar contra éstos, como se ha dicho, ya había pasado el cuarto día³³ desde que había capturado a Paulo y no obstante seguía esperando la llegada de gente enemiga. Pero no se advertía ninguna iniciativa del enemigo, ninguna acción, ninguna concentración hostil, porque también las ciudades más prepotentes de Francia deploraban ya, según se decía, su catastrófico final y sus habitantes, para no ser sorprendidos por los nuestros, abandonadas las ciudades, vagaban de acá para allá sin rumbo fijo, protegiendo su vida por recónditas quebradas. El piadoso soberano se encontraba en el llano con el ejército a cierta distancia de la ciudad de Nîmes. Allí emplazó el campamento y con sorprendente rapidez lo rodeó de una firme empalizada. A la espera de la llegada del enemigo, de repente oye a un mensajero que uno de los duques de Francia, de nombre Lupo, se había acercado con

29. Se ignora la autoría.

30. Con toda probabilidad se refiere a Recaredo I (586-601), el primer rey visigodo que públicamente profesó la religión católica, abdicando del arrianismo.

31. Mártir sepultado en Gerona.

32. El 4 de septiembre del 673.

33. El 5 de septiembre del 673.

intenciones hostiles por la zona de Béziers. Al quinto día,³⁴ después de haber capturado a Paulo, cuando ya había salido de la ciudad de Nîmes marchando a toda prisa con el ejército, trató de anticiparse a las asechanzas del enemigo que le habían sido denunciadas. Pero Lupo, junto a la villa llamada Aspiran, al oír la vuelta del rey, se dio a la huida tan asustado que parecía que faltara ejército al general y general al ejército. O no fue capaz de detener a los suyos en la huida o los suyos no fueron capaces de seguirle de ninguna manera, ya que sus corazones se habían visto presas de tal pavor que, dispersándose y corriendo no sólo por senderos transitables, sino también por montaraces quebradas, como si vieran ya las espadas a punto de descargar sobre su cuello, mostrando a las claras haber ganado la vida, cortan por lo sano con la fuga, dejando en su confusión a nuestras huestes cuantioso botín, tanto de hombres que no podían seguirles, como de bestias o atalajes que se habían traído en abundancia para engancharlos a sus carros. Y ya un pelotón escogido de combatientes, seleccionado por el rey, iba persiguiéndolos a paso ligero; pero tan cobarde fue su huida, tan aprisa acudieron a refugiarse en los escondrijos de sus linderos que resulta increíble el que no dejaran ni rastro de adónde huyeron o en dónde se ocultaron y se metieron.

(28) En vista de ello, el soberano, como no podía encontrar a Lupo con los otros, dirigiéndose a Narbona con sosegada marcha, entra vencedor en la ciudad. Allí todos los destrozos de la provincia Narbonense, desperfectos y socavones que se infligieron hasta la misma tierra, que exhalaba vapores febriles por causa de la devastación y correría de los nuestros, corregidos merced a su munificencia, los recompone por mandato suyo y los arregla conforme a sus designios; solventa incluso la situación con una paz encomiable. Allí licencia las huestes escogidas de combatientes, arranca de cuajo todos los brotes de la rebelión, expulsa a los judíos y nombra gobernantes de las ciudades más comprensivos, con cuyo concurso pudiera aplacar la iniquidad de tan grave desgracia y la tierra, ensuciada con tanta basura, se remitiera al perdón, redimida por un nuevo bautismo. Pues, en razón de haberse alzado la tierra gala pavoneándose sobre el acostumbrado coturno de su altanera soberbia, de tal forma fue esquilada por un saqueo inmisericorde y raída de riquezas y pelada de utillajes que con razón se cree que a partir de entonces se vio despojada de todo el robín y maldad que había engendrado.

(29) Desde entonces el soberano, exhaustas y sojuzgadas las Galias,³⁵ emprendió confiado camino en línea recta a Hispania, sin temer a su espalda ninguna maniobra gala, y sin asustarse tampoco por asechanzas francas, sabiendo a ciencia cierta que no había nadie, que perpetrara disturbios entre su gente o tendiera emboscadas por parte de los de fuera. Pues con tan grande entereza e integridad de espíritu no sólo no se atemorizó de los pueblos bárbaros de los alrededores, sino que los menospreció, hasta el punto de que, situado aún en el interior de las Galias en el lugar llamado Cabanes,

34. El 6 de septiembre del 673.

35. Cf. OROSIUS, *Hist.* VI 12, 1.

obsequió con un discurso de agradecimiento a todo el ejército por haber salido con bien y haber salido todos inmediatamente de este paraje. El, al llegar a Elne, se detuvo allí un par de días. Y, tras salir de allí, portando éxitos favorables,³⁶ regresó a Hispania y volvió a ocupar la sede de su solio al sexto mes de haberlo dejado. Se hace necesario, sin embargo, describir con qué ceremonia triunfal entró en la capital del reino, victorioso de sus enemigos, para que, del mismo modo que los siglos venideros proclamarán la grandeza de su gloria, en igual medida el oprobio de los sediciosos no se borre de la memoria³⁷ de los que vengan después.

(30) Y así, Paulo, soberano de la usurpación, y otros correigionarios suyos en la sedición, a una distancia aproximada de la ciudad de cuatro millas, con las cabezas afeitadas, la barba rala y los pies descalzos, ataviados con túnica y sayón sucios, aparecen montados en carros tirados por camellos. El rey de la traición abría el cortejo, acreedor de toda ignominia y coronado con una banda de cuero negra. Seguía-le a este rey la comitiva de sus secuaces dispuesta en larga hilera, montados todos ellos en los vehículos que se han descrito y caracterizados con idénticos motivos de escarnio, entrando en la ciudad ante la muchedumbre que se agolpaba por aquí y por allá. Pues no debe pensarse que esto haya ocurrido sin intervención del justo juicio de Dios, de manera que el paseo en carro a la vista de todos simbolizaba las elevadas e inmarcesibles cotas de su error y que quienes habían aspirado por la doblez de su mente a cosas situadas más allá del límite humano, lavaran la injuria de su encandilamiento yendo más alto. Por tanto, sirva este relato a los siglos venideros: a los honrados de tributo, a los pillos de ejemplo, a los leales de gozo, a los traidores de tormento, de manera que, al verse ambos bandos retratados a sí mismos en la lectura de este relato, el que marcha por la senda de la justicia evite caer en la tentación, y el que ya ha caído se reconozca aquí por siempre en el castigo de éstos.

Fin de la "Historia de Paulo"

Denuesto de un historiador contra la tiranía de la Galia.

(1) Te complace, Galia, vilipendiar a los vencedores con tus desatinos, por los que te has ganado, infeliz, la precipitación en el desastre. ¿Dónde está aquella libertad tuya, en la que apenas liberada te ufanabas con el ceño erguido de la soberbia? ¿Dónde las elevadas voces, con las que menospreciabas las huestes hispanas, considerándolas más endebles que tus hembras? ¿Dónde aquellos hinchidos aspavientos, con los que rehusabas las alianzas con los hispanos en razón de tu altanería? ¿Dónde los encumbramientos de tu boca abierta, cuando a menudo te pavoneabas con inciertas riquezas? ¿Dónde los cuellos erguidos y las resoluciones, que siempre minimizaron el gobierno de tus jefes? ¿Qué pensabas que iba a pasar, cuando tú misma te hundieras en tus obras, te laceraras con tus manos, te desmadraras en tus proyectos, te sumaras a la traición? Con tus actos te asaetaste, cuando añadías delito sobre delito, metida en

36. *Secundis successibus* coincide con OROSIUS, *Hist.* II 4, 12.

37. *Excidat a memoria* recuerda el *excidisse memoriae* de OROSIUS, *Hist.* I 8, 13.

la usura de los negocios, entregada a la prostitución, presa de prejuicios, más propensa a la amistad con los judíos que con los fieles de Cristo. Pues, aunque tenías la ley del adulterio, considerabas honesto todo lo que habías hecho: engolfarte entre rebaños de prostitutas como las bestias, asesinar a los amigos durante el banquete, segar almas inocentes. Te mostrabas cicatera con los que a ti llegaban y, cuando habías acogido en hospitalidad a cualquier hombre junto con su esposa e hijos, te bebías su sangre³⁸ mezclada en vino; tras degollar al marido y asesinar a los hijos, a la madre superviviente la arrebatabas como concubina para solaz tuyo.

(2) Y aun cometiendo esos delitos, no te estremeces con el horror de tanto crimen, sino que encima de todo esto tienes ánimos para asociarte con judíos, cuya infidelidad, si quieres atenderme, reconoces haber propagado ya a tus hijos, en tanto que quienes brillaban ante ti con el título de cristianos, es manifiesto que se han pasado a la perfidia de los hebreos; pues siempre te sumabas al parecer de aquellos, cuyos corazones sabías que parecían reprobables a Dios. Y ¿cómo podías venerar las indecibles ceremonias de los judíos, en las que tan repentinamente habías puesto la salvación de tu alma? Date cuenta, desgraciada, date cuenta de lo que has hecho. Bástete con haber perdido la memoria en el delirio de la fiebre. Ahora ya, superado el desvarío de la fiebre, reconóctete como nodriza del escándalo, madre de blasfemos, madrestra de infieles, hijastra de litigios, amasijo de prostíbulos, cubil de traición, fuente de perfidia, asesina de almas.

(3) Pero no basta con que todo esto haya manado de tus pechos, sino que encima, para que no faltara nada a ese azote de tamaña calamidad, aunque tenías rey, te buscas otro rey, extraído de la arteria y no de la legitimidad, de la añagazá y no de la honestidad. Pues ¿cuándo se ha visto que una mujer que tenga marido se rejunte con otro sin exponerse a un riesgo? Sólo tú antepones lo tuyo al riesgo y, sin temor a la traición, suplantas el cetro para su traición. ¿Quién hizo lo que se ha contado? ¿En dónde apareció por vez primera esta maldad famosa en el mundo entero, si no de entre medio de tus pechos? De verdad que merece admiración el útero de tu mente, que, pese al múltiple parto de crímenes, ni resolló, sino que concibió un dolor tan admirable que parió tan grande abundancia de dolores en estos tiempos nuestros.

(4) Y si aseguras que ha venido de otra parte lo que tú misma has admitido, escucha si ha sido perpetrado por instigación tuya o ajena: el feto es obra tuya, porque tú lo has concebido, no podrás negarlo. Pero si has traído este engendro de otra parte, ¿por qué lo incubaste y no mejor lo arrojaste de tus lindes como un purulento miembro? Ahora que si tú lo has engendrado, ¿por qué no abortaste ese monstruo antes de que se desarrollara? ¿No es acaso más indicio de sensatez el que las mujeres razonables den muerte a los monstruos por ellas engendrados? Crimen, ciertamente, es matar los fetos normales; cordura, matar los aberrantes. Y si eres acusada de no poder equipararte a la virtud de ésta y rechazar el feto concebido, ¿dónde están aquellos soberbios estallidos de tu boca, dónde las voces henchidas, dónde las histéricas sacu-

38. *Sanguinem propinabas* reproduce a OROSIUS, *Hist.* VII 37, 5.

didás, el fruncir entrecejos y las subidas de tono, con las que creías y retumbabas en atronadores sonos que no sólo una parte de Hispania, sino toda Hispania, no sería capaz de aguantar una puñada tuya? Así que no te excusabas con palabras atinadas, cuando, no pudiendo por la fuerza de las armas, no persistías en una fe mejor armada y aguantabas con más fidelidad hasta el definitivo embate entre las tempestades de infieles. Habías jurado voluntariamente lealtad a un soberano piadoso, prometiendo en el nombre de Dios que te mostrarías enemigo para sus enemigos y que lucharías hasta la efusión de sangre por su seguridad contra sus adversarios.

(5) Dime, pues, ¿quién de los tuyos cayó por la lealtad debida; quién de los tuyos fue muerto por afianzar la lealtad; quién de los tuyos se mostró dispuesto a morir por la verdad; quién se ofreció a morir por la lealtad? No hubo ni uno de los tuyos en quien tuviera más fuerza el espíritu de la Sagrada Unción. Así, incumplidora de tu promesa, fácil para el perjurio, no sólo no extingues el fuego de deslealtades engendrado en tu seno, sino que lo atizas; y no sólo lo alimentas de palabra, sino también de obra. He aquí las manifestaciones triunfantes de tu conducta: no herir al enemigo, asesinar al conciudadano, más propensa a tomar las armas contra el ciudadano que contra el enemigo, puesto que siempre fuiste más hábil para matar a los aliados que a los adversarios. Y, como esto lo emprendes no por la fuerza de las armas, sino preferentemente con ardidés y celadas, más hay que temer a tus venenos que a tus armas, pues has enterrado a más con el veneno de tu hiel que con el impacto de tus armas.

(6) Nunca hemos visto en el campo de batalla tus arremetidas contra el enemigo, más bien hemos padecido en casa la ponzoña de tu corazón. Hemos visto, sí, hemos visto a tus columnas preparadas, pero para exterminio de conciudadanos, no para muerte de foráneos. ¿Cómo has llegado a inflarte en una nube de crueldad tal que preparaste el aniquilamiento de los libertadores y la venganza sobre los defensores? ¿Qué necesidad hubo de instigar a los más valerosos al combate y disponer la matanza de los mejores? Pero eso lo haces no sin motivo, ya que no te das cuenta de la locura que padeces, al exponerte a contender con ellos. En efecto, los locos suelen tenerse por más fuertes, cuando su naturaleza parece alcanzar el delirio final, pero estas y otras cosas semejantes las hacen, no impulsados por un sentimiento vital, sino trastornados por su mortal desvarío. Con que, si, después de tu locura, has recobrado la memoria, te conviene recordar con qué alaridos te estremecías en los accesos de la fiebre y a quiénes creías en tu inconsciencia que podías relegar al menosprecio.

(7) Pero, ¡mira!, el ejército hispano, pasadas esas gravísimas fiebres que te habían quitado la razón, se te presentó a tiempo, y no en su totalidad, sino en una mínima parte de él, derrotó a tus huestes, doblégó tu cuello, cerró tu hinchada boca y de lo que eres o no eres capaz lo probó mejor con sus espadas que con tus bravatas. ¿Qué, pues, infeliz, dices a los vencedores, ahora que yaces postrada con lastimero aspecto, vencida por la espada de los vencedores? ¡Mira!, el ejército hispano con su legítimo rey a la cabeza te domeñó bravamente, te pisoteó como un despojo y te redujo a esclavitud. Pero no quiero que culpes de inhumano contigo a aquel, por cuyos tan prestos desvelos te ves adornada. Pues, aun cuando la servidumbre era lo que en justicia merecías, de la misma forma que una cabeza sana se compadece de un miem-

bro enfermo, perdonándote como víctima de la libertad, que ahora habíase trocado para ti en servidumbre, y borrando con mano generosa las antiguas marcas de tu perfidia, te hizo copartícipe de su dignidad, antes de que, con tu arrepentimiento, enjugaras las faltas que habías cometido, de manera que, como habías perdido el título de libertad por tu impía temeridad, recibieras una prueba de hidalguía.

(8) Pero ¿qué hay de admirable en que te otorgara este trato, sin merecerlo, quien en otro tiempo se mostró siempre tu aliado en el peligro y en tu conquista se expuso a ser conquistado? Digno de admiración es, pues, el contraste entre los dos bandos contendientes: ¡Cuánta crueldad en ti, cuánta bondad en los hispanos! Ellos discurren la paz, tú la celada; ellos la defensa, tú la destrucción. Ellos siempre corrieron en tu ayuda con el ejército en armas; tú invitabas a las espadas extranjeras para la subversión. Ellos se esfuerzan en que repelas al enemigo por vigor o por astucia; tú, valiéndote de ambos medios, del engaño por cuenta propia y de la fuerza por la ajena, marchas contra el ejército hispano. Ellos siempre velaban por tu defensa aun con riesgo por su parte; tú, por el contrario, construyes fortalezas contra ellos no sin granjearte la ruina en tu malhadada tentativa. Ellos procuran tu salvación y, si alguna vez no acuden con las armas, la compran a precio de oro; tú, su muerte, que no podías perpetrar con las armas, por medio de halagos ¿Cuándo los has visto alegrarse de tus penalidades o regocijarse por tus muertes? Más aún, si se propagaba el rumor de que estabas sitiada por el enemigo o devastada por una correría enemiga, al punto un grupo armado de hispanos se ofreció presto a defenderte y despreciando el propio riesgo combatía a tus enemigos. Y, pese a haber tanta tierra de por medio, no se quejaba de sufrir toda suerte de penosos contratiempos, con tal de conseguir el restablecimiento de la paz. ¡Fíjate!, ya es conocido cuánto subió el sentimiento de solidaridad entre los hispanos y cuánto se encendió en ti el torbellino de la iniquidad. Y, en efecto, a los hispanos, a los que menospreciabas, los has visto vencedores y compasivos contigo; pero tus hijos, engendrados de un parto viperino, ¿qué otra cosa trajeron sino el hambre, la peste y la guerra? Útil sea haberte increpado hasta este punto y quizá te sirva como pago por tu salvación lo que se ha proclamado en tono de áspera reprimenda, de modo que esta acritud verbal más sea motivo de enmienda que de caída en la desesperación.

(9) Queda ahora que te sumas en arrepentido llanto, abatida en tal palidez y demacrada por tal escualidez³⁹ que, conduciéndote siempre bajo humilde aspecto, te sonrojes de las pasadas fornicaciones, para que la locura no se recrudezca en el lugar de las cicatrices, para que la llaga no reaparezca en la herida ya curada, para que el viciado pulmón no exhale aliento altanero ni soberbio; sino que, repuesto todo al estado de salud el denuesto te resulte útil y llevadera la admonición, a fin de que en lo sucesivo un sano vigor conserve en ti el recuerdo, y la propia memoria, recuperada al fin, rescinda en ti todas las explosiones de un corazón airado. Y si, como es tu costumbre, te revuelves en violentas sacudidas contra los que te censuran y aconsejan,

39. *Quanto sis pallore detrita, quanta macie decolorata* trae a la memoria la frase de OROSIUS, *Hist.* VI 12, 2 *quanta macie quantoque pallore sit.*

bueno será concluir el denuesto con los versos, con que un sabio⁴⁰ se convence de haber zaherido a la muerte. Helos aquí:

*Ya si ni a las lágrimas cedés ni los versos sientes,
sírvente de espada las palabras que te digo.
Él dañará tus mordeduras y a los tártaros vencerá,
quien venció al mundo por el sacrificio de la Cruz.*

Fin del "Denuesto de la vil provincia de la Galia"

Juicio promulgado contra la perfidia de los usurpadores.

(1) El delito manifiesto de los traidores se debe perseguir con mayor severidad, por cuanto parece haber sido perpetrado para ilícitos propósitos. Consideren, por tanto, como signo de su propio extravío el haber osado violar un juramento de lealtad. Leguen el título de traición a sus descendientes aquellos a quienes la indulgencia del soberano les llevó a comportarse como ingratos. Márquense entre las filas de los traidores quienes maquinaron la desgracia a su propia gente, de modo que por los siglos de los siglos ostenten el título de su infamia los conspiradores para con su patria. A los que la clemencia del rey conceda seguir vivos, no se libren de la extracción de los ojos, por haber incurrido en el delito de alta traición con mengua para la gloria de la patria. Hete aquí que una perfidia sin límites revelóse a campo abierto, la cual, invitando a las juntas con canallas en criminales círculos, soliviantó a los ciudadanos al escándalo, a la muchedumbre a su autodestrucción, a las gentes a la subversión de la patria y a atentar contra el príncipe no sólo a los pueblos propios sino también a naciones extranjeras. Testigo de lo que decimos es la tierra devastada en su propio exterminio; testigo también el cielo, bajo el cual Dios nos ha otorgado el estandarte del triunfo. Pues, por cuenta propia quebrantó el juramento e impuso un nuevo juramento, de manera que, relegada la voluntaria promesa de lealtad, renegó de nuestro rey elegido por Dios y se granjeó la inmediata perdición suya y de la patria. Pues con el nuevo rito perjuro no sólo embaucó a su propia alma sino también la de muchos pueblos, de forma que en ellos vino a cumplirse el vaticinio del profeta que reza así: *Caerán en la red sus príncipes víctimas del furor de la cólera divina y habrá escarnio de ellos en toda la tierra,*⁴¹ así como también aquello que cuenta Isaías⁴² sobre la muerte de los tales, cuando dice: *Halláronse en mi pueblo unós impíos tramperos, tales como cazadores de pájaros, tendiendo lazos y cepos para cazar hombres. Igual que la jaula llena está de pájaros, así su casa llena está de mentira.*

40. Se ignora la autoría.

41. *Os.* 7, 16.

42. En realidad no se trata de Isaías, sino de Jeremías 5, 26 y 27.

(2) Y baste con esto. Como nuestro serenísimo Señor, el rey Wamba, encargase al bellaco Paulo de la defensa de la Galia y de detener con un plan meditado a unos disidentes a la lealtad de su gloria, de repente, mudando un asunto que a él le atañía en parecer contrario, no sólo no actuó contra los disidentes, persistiendo en la lealtad debida, sino que él mismo con su disidencia volvió a muchos otros traidores. Instigando al pueblo y a la patria contra el mencionado príncipe, primero se despojó del juramento de lealtad y, rasgando la tela de su vestido, se atavió con la mancha del perjurio. Seguidamente dirige insultos contra el glorioso soberano y profiere contra él toda clase de reproches degradantes e injuriosos. Luego de esto, lo que no es lícito de decirse, arrebató el reino contra el designio divino y obligó al pueblo a prestarle juramento en una ilegal proclamación, orientada a proceder contra la lealtad debida y a procurar la muerte o la anulación del príncipe, observando en la enumeración de perversas fórmulas el atreverse a llamar taxativamente a nuestro glorioso soberano, el rey Wamba, rey infausto. Esta palabra quiere decir, según su interpretación, malhadado. Pero él, encumbrado en la cima de la tiranía, sometiendo al escandaloso imperio de su capricho toda la provincia de la Galia y alguna parte de la Tarraconense, estableció en cada una de las ciudades unos reductos defensivos especiales, poniendo en ellos sus propios defensores.

(3) Por la temeridad de esta impía acción nos vemos obligados a empuñar las armas y, pese a la distancia,⁴³ a perseguir la perfidia de los impíos. Así que, con tal de cortar de raíz la usurpación de los conjurados, nos dirigimos en son de guerra a la provincia Tarraconense y a las Galias y, bajo la divina protección, nada más llegar a estas ciudades y fortificaciones, detuvimos con éxito a esos satélites y defensores de las ciudades y reductos. Pues primero en Barcelona apresamos con el ejército a Euredo,⁴⁴ a Pompedio, a Guntefredo, al diácono Hunulfo y a Neufredo, liberando a la par la ciudad. Luego, llegándonos a “Clausuras” con el ejército bordeando las alturas del monte Pirineo, penetramos en el mismo campamento y capturamos a los defensores del campamento, a saber, a Ranosindo, a Hildegiso, a Helia, a Carmeno, a Murecón, a Wandemiro, a Dagaró, a Cixán y Liubilán. De esta guisa, avanzando a paso ligero, aprehendimos en el fuerte de Collioure con el ejército dispuesto en divisiones a Leufredo y Guidrigildo y a las esposas de ambos. También irrumpimos en Llivia, capital de la Cirritania, avanzando de idéntica forma. El obispo Jacinto con Arangiscló, a una en la traición, la defendían a título del pérfido Paulo. Pero como Jacinto no pudo defender Llivia, ni tan siquiera escapó él a nuestras manos con la ayuda de Dios. Cuando el pérfido Paulo se enteró del apresamiento de todos estos y de la invasión de la Galia a través de la huida de los francos que se había traído para defender “Clausuras”, abandonándola a su suerte, trató de zafarse huyendo a la ciudad de Narbona; dejó allí como salvaguarda de la ciudad al falso obispo Ramiro, a Witimiro,

43. *Tot interiacentibus terris* es una reelaboración de OROSIUS, *Hist.* II 11, *5 tantis spatiis maris terraeque interiacentibus*.

44. Probablemente el Euredo, *comes et procer* que había participado entre los *viri illustres officii palatini* en el VIII Concilio de Toledo del 653.

a Argemundo y al primicerio⁴⁵ Gultricián. El tal Ramiro, a la vista del ejército, dióse a la fuga, antes de que la ciudad fuera asaltada, pero, apresado, luego en tierra de Béziers, no escapó a nuestras manos. Luego, tras la captura de los mencionados seglares Witimiro y Argemundo y del primicerio Gultricián, que defendían Narbona y luchaban bravamente contra nosotros, la ciudad de Agde la sometimos al imperio de nuestro glorioso señor, apresando en ella al obispo Wilesindo a Arangisclo y a Ranosindo, hermano del obispo Wilesindo.

(4) Y como, después de esto, con la ayuda de los divinos designios, nos aprestamos a tomar la ciudad de Maguelonne, así que el obispo Gumildo vio dos ejércitos, uno por mar y otro por tierra, al punto abandonó la ciudad, dándose a la huida y refugiándose con el pérfido Paulo en Nîmes. Y, luego de haber conquistado con mayor gloria la ciudad de Maguelonne y a sus defensores, de seguida nos encaminamos hasta Nîmes en pos del traidor Paulo y de sus sicarios. Allí Paulo, afianzado no sólo en la audacia de sus compinches, sino protegido también con la ayuda de los francos, habíase recluso para la lucha. Luchando con sumo arrojo en este lugar y persistiendo en la osadía de su deslealtad, por fin, amparados por los divinos designios y por nuestras armas, tras irrumpir en la ciudad, Paulo fue derrotado, detenido y hecho prisionero. Necesario es recordar a sus compinches, contra quienes heroicamente combatimos en el asalto a esta ciudad y que resueltamente se adhirieron a su conspiración tanto tiempo, cuanto tardaron en ser capturados junto con el más bellaco, el obispo Gumildo; del clero Frugisclo, Flodario, Wistrimiro, Ranemundo, Andosindo, Adulfo, Máximo y Juan; Avarno, Aquilino, Odofredo, Iberio, Juan, Mosamio, Amingo, Wazimar, Cunierico, Trasericco, Trasemiro, Bera, Ebrulfo, Recaulfo, Cótila, Guldramiro, Liuba, Ranila e Ildericelo, sin contar el contingente de tropas y de francos que fueron apresados en gran cantidad en la propia ciudad.

(5) Así, pues, ese criminal de Paulo, convocados y reunidos todos nosotros, a saber, todos los señores de palacio, gardingos y oficiales de palacio, en presencia de todo el ejército, bajo la supervisión de nuestro glorioso señor, mientras asistía al juicio junto con sus compinches, el mencionado príncipe así le habló sobre el fracaso de su conjura: "Te conjuro en el nombre de Dios todopoderoso a que en esta asamblea de hermanos míos contendas conmigo, si en algo te afrenté o en alguna ocasión te di pábulo para la villanía, soliviantado por lo cual emprendiste esta tiranía y trataste de adueñarte de la suprema dignidad del reino".

(6) Luego ese impío de Paulo prestó declaración con clara voz diciendo: "Juro por Dios que ni sentí que fuera lastimado por tu gloria ni recibí de vosotros afrenta alguna, sino que siempre diste orden de hacerme copartícipe únicamente en tus mercedes, que en modo alguno merecí disfrutar. Pero lo hice instigado por diabólica tentación". En forma idéntica sus mencionados compinches fueron interrogados y todos respondieron de forma pareja. Luego fueron proclamados los formularios legales, en los que con libre juramento, cuando la elección de nuestro glorioso señor el

45. El primicerio era el primero y principal entre los clérigos, que estaba al frente de la comunidad clerical y de la servidumbre.

rey Wamba, ese colmo de maldad de Paulo y sus secuaces junto con nosotros consintieron y declararon observar lealtad inquebrantable para con su persona y para con la patria bajo divino juramento, estampando las firmas de su propia mano. Tras la muestra y lectura de los formularios legales, se les hace reparar en la firma de su propia mano al pie del formulario para confundir su perfidia. Después de esto, son leídos otros formularios, con los que el pérfido Paulo había obligado al pueblo a prestarle acatamiento. En ellos se hizo hincapié en esa disposición impía y cruel, según la cual todos los secuaces de Paulo le habían jurado su compromiso de serle leales y con él luchar contra nuestro glorioso señor el rey Wamba y combatir hasta su eliminación con efusión de sangre incluso y contra quienes pretendieran defender a nuestro señor, tachando en ese formulario de infausto a nuestro glorioso señor el rey Wamba, como ya se dijo, además de otras cosas deleznable que se encuentran por escrito en dichos formularios.

(7) Tras el examen y lectura de los formularios, se proclamó sentencia canónica del concilio de Toledo canon 75,⁴⁶ donde se dice textualmente: *Todo aquel de nosotros y de los pueblos de toda Hispania que con cualquier tipo de intriga o afán sectario atente contra el sagrado deber de lealtad, que ha jurado en interés de la patria y del pueblo godo y en pro de la incolumidad de las prerrogativas regias, etc.* Luego se dictó sentencia civil del libro II, título 1º, capítulo 6º,⁴⁷ donde se dice literalmente: *Todo aquel que desde época del príncipe Chintila, de veneranda memoria, hasta el segundo año de nuestro reino, a Dios gracias, y en adelante. Aleccionados en la normativa de este canon sagrado, ya no dudamos por más tiempo en llenarle de temor, sancionándolos, conforme a la prescripción legal, con una pena física y pecuniaria, a quienes ya los antepasados habían castigado espiritualmente con anatema de por vida para juicio tan ominoso. De acuerdo con esto, a tenor de la ley promulgada, todos nos pronunciamos en unánime parecer por que el pérfido Paulo junto con sus mencionados secuaces fueran condenados a la muerte más ignominiosa, de manera que vean cumplida la caída en la perdición perpetua quienes fraguaron la subversión de la patria y trataron de causar la muerte al príncipe. Y caso de que el príncipe les perdonara la vida, no de otro modo vivirán más que con los ojos sacados.⁴⁸ Decretamos asimismo que todos los bienes de Paulo y de sus compinches pasen al arbitrio de nuestro glorioso señor, de modo que todo lo que la clemencia de su serenidad disponga que se haga o se decida de ellos quede a su arbitrio infalible, a fin de que el nombre de los sediciosos desaparezca de la faz de la tierra⁴⁹ y los siglos venideros rehuyan imitar su triste recuerdo señalado con estos títulos.*

Fin

46. Se trata del canon 75 del IV Concilio de Toledo celebrado el 633.

47. De la *Lex Visigothorum Recesvindiana*.

48. Aunque la pena por delito de sedición incluía *decalvatio* y extracción de los ojos, por voluntad expresa del magnánimo Wamba sólo se les aplicó a los reos el primer castigo.

49. Porque a los bienes y propiedades de los reos no tenían acceso ni ellos mismos ni sus herederos. Sin embargo, el rey Ervigio, con la anuencia del XIII Concilio de Toledo celebrado el 683, se los devolvió a los hijos de los convictos, después de haberles restituido a su anterior rango y dignidad.